

That is what Alfonso Reyes has done por poets speaking Spanish.

J. B. TREND.

Cambridge, 1952.

LAS CRÓNICAS DE ALFONSO REYES

Quizá, si se exceptúa a Ignacio Manuel Altamirano, ninguno otro de nuestros escritores ha poseído, como Alfonso Reyes, el don de la versatilidad literaria. Excelente poeta, ensayista de vastos horizontes, cronista de rara amenidad, cuentista de nada comunes recursos y articulista discreto, no existe, en el oficio de escritor, sendero que no haya trancitado.

Pero no siempre, hombre de letras tan responsable, ha sido entendido por sus contemporáneos. Porque cuando a Alfonso Reyes se le ha acusado de su despego a lo mexicano, se ignoró en *Visión de Anáhuac*: ese pequeño gran signo de presencia de su silenciosa, pero no por silenciosa desarraigada mexicanidad que nadie, so pena de incurrir en error, o de cometer una grave injusticia, le podrá disputar... Tampoco, si se ha de opinar con cordura, se le puede reprochar su apoliticismo, ya que, tanto el hombre como el escritor, han definido siempre, a la hora exacta de la cita, su pensamiento y su conducta.

Conviene, sin embargo, hacer énfasis sobre los hechos: no es, Alfonso Reyes, sino un hombre de gabinete, lo que no significa, en forma alguna, un hombre encerrado en su *torre de marfil*. Porque estas dos definiciones comprenden dos actitudes distintas, y, si se quiere, dos actitudes, pues si para quien se encierra en su *torre de marfil* el mundo exterior no existe, para el hombre de gabinete, a quien su humanismo hace advertir el rumor de la contienda, el mundo exterior es otro campo de combate como lo es, para él, el campo de las ideas.

Léanse, de Alfonso Reyes, sus páginas sobre la historia y la cultura helenas; las que hablan, de la historia de España y del siglo de oro español; las que aluden, a la historia contemporánea de Francia y a la cultura francesa, y las que tratan, del proceso cultural y del proceso histórico mexicanos... Un lector cuidadoso

hallará, en cada una de ellas, la afirmación del escritor y del hombre.

Insisto en mi advertencia anterior: no es Alfonso Reyes ese tipo de escritor a quien resulta fácil atrapar en falta, por sus piruetas políticas, según convenga a su afán intrascendente. Antes bien, todo en él sugiere una misma trayectoria que nace en las fuentes de su niñez y se define, durante su juventud, con el sello de la tragedia, para hacer, de su decir, ese suave decir del medio tono, de la altiplanicie mexicana que tan poca cosa, para decir verdad, con su natural norteño.

Mas no porque su voz no se altere ni disuene entre el concierto de las demás, carece de fuerza, ni de ese sereno valor de quien no ha querido transitar, a lo largo de la vida, de espaldas a la realidad.

He leído ahora, su *Crónica de Francia*, de la que apenas unos días antes había leído su primera parte. Nada denuncia, en estos "testimonios", al historiador *imparcial*: a ese modelo de historiador afanado por pasar, "au dessus de la mêlée", en su inútil, mezquino intento, por congraciarse con éste o con aquél.

No; Alfonso Reyes es fiel a su honestidad de hombre y, aquí, de historiador. Me recuerda, al leerlo, aunque el acento no sea igual, al Zola de las crónicas políticas, de *La Campana*, en los minutos difíciles de Francia.

Porque, por mucho que algunos no lo sientan, Alfonso Reyes toma partido. Sus "*memorias*", sus *reseñas*, sencillo título de sencillas crónicas políticas, definen su pensamiento y, con su pensamiento, su actitud del pensador, del hombre de gabinete acuciado, imperiosamente, por los apremios de su laboratorio que no es, con todo, una *Torre de marfil*.

¿Quién es tan ciego, que no puede ver, lo que revelan sus imágenes de Caillaux, Hindenburg, De Nonzie y Krassine?

Los retratos están hechos con mano maestra. Basta un pequeño

incidente, como el sucedido en el Pabellón Ruso en la Exposición Internacional de Artes Decorativas, de París, para que el retratista logre, con fácil mano, trazos imborrables.

¿Y qué oponer, a esta semblanza de Painlevé, en la que quien la hace expone, con las de los otros, sus propias observaciones?

"Sus enemigos lo tachan de irresoluto, sin duda porque es algo blando de temperamento y siempre sacrifica lo secundario, en que otros ponen su amor propio, por salvar el fin principal. Tiene fama de hombre bueno, informal en sus citas y aficionado a los afeites, a pintarse las canas y a darse masajes faciales..."

La de Hindenburg, más discreta no esconde lo fundamental:

"Desde luego, la elección del mariscal Hindenburg a la Presidencia del Reich... causa en Francia una profunda emoción; porque, a pesar de las declaraciones de éste, se ve en él a un representante de la Prusia militar, del Imperio de los Hohenzollern y, sobre todo, un indicio del rumbo que toman los últimos anhelos del pueblo alemán..."

¿No fueron estos anhelos, anhelos de desquite, los que engendraron el fascismo?

La traición a Francia, revelada por el monarquista Daudet, anunciaba ya lo que sucedió años después al derrumbarse el ejército francés aunque algunos de los culpables fueran castigados:

"Durante la guerra, Caillaux traiciona a Francia en beneficio de Alemania. Encarcelado en enero de 1918, llevado ante la Suprema Corte en 1920, es condenado a dos años de prisión —ya cumplidos— y a 10 años de suspensión de sus derechos civiles y políticos.

"Siempre durante la guerra, funciona en París un diario de inspiración alemana *Le Bonnet Rouge*, subvencionado por los tres jefes de la mayoría radical-socialista, Caillaux, Viviani y Malvy..."

La denuncia se refería a los hechos de traición suscitados du-

rante la primera guerra mundial. ¿Pero fueron diferentes, acaso, los hechos de traición que convirtieron en fácil presa el ejército francés durante la segunda guerra internacional? Lo que Alfonso Reyes cuenta sobre el primero, no fue sino un antecedente histórico del segundo conflicto armado.

Cierto que Alfonso Reyes condena a Daudet y al grupo de escritores monarquistas. Pero los condena por su odio a la libertad de imprenta, a pesar de que a semejanza de todos los sectores regresivos de los países amantes de la democracia, forman ellos el núcleo más enconadamente contrario a esta misma libertad.

Ya analizando el panorama político interior de Francia, las alianzas de los partidos de izquierda y el alza y baja de las fuerzas en juego, la situación nacional se precisa:

“Veremos así que, en el funesto 12 de julio, cuyo recuerdo sublevará por mucho tiempo a los radical-socialistas, el ministro de Hacienda Caillaux, hace votar un impuesto sobre el monto de los negocios; pero los votos que lo sostienen engloban a las derechas, al centro y a algunos elementos del cartel que meramente se resignan en tanto que los votos contrarios comprenden a comunistas, socialistas unificados y a todo el ala izquierda de los radical-socialistas. ¡Verdadera inversión del cuadro!

“Cuando, hastiada de salvar a sus Gabinetes de izquierda, la izquierda al fin las abandona a su suerte, los moderados mismos se encuentran renuentes ante el llamamiento del Gobierno. Es el desbarajuste que, en nuestro argot, solemos llamar “desgarriate”. ¿Qué mucho si en julio de 1926 la libra anda ya en 250 francos?”

Refiriéndose al famoso Cartel, constituido por la izquierda, Alfonso Reyes acierta:

“El Cartel no era realmente “izquierda” en ningún sentido extremo (número 4 de sus testimonios), aunque en asuntos financieros descubre más este carácter. No era revolucionario, ni siquiera

socialista, sino más bien un grupo de facciones moderadas que representaban a la pequeña industria, al “rentier”, al campesino propietario, al empleado civil: una coalición pacifista en principio...”

La honestidad de Alfonso Reyes se nota en sus juicios personales: hablando de la segunda internacional, aclara: ésta “se mostró poco revolucionaria en la guerra...” del Partido Socialista, dice: “Evoluciona aceleradamente hacia el reformismo, sin mostrar rasgos precisamente revolucionarios, si se exceptúan las declaraciones de principio que no son ya, las mismas del antiguo *partido socialista* de Jaurés...” Y del Partido Comunista, subraya, que “Aspira a agrupar todos los descontentos, todos los anhelos revolucionarios y a todas las masas”.

El cronista observa, anota y comenta. Y así, la crónica adquiere el valor de un comentario viviente, o de un “testimonio”, que no exagera quien lo llama así.

Hablar de Alfonso Reyes como de un cronista sin opinión propia es, además de injusto, torpe. Escúchese esta opinión suya y nadie, por empecinado que sea, ha de juzgarlo huidizo ante la realidad de su hora ni, tampoco, un hombre de partido. Cuando mucho, un hombre de gabinete, no pasa inadvertido para quien lo que a su alrededor sucede.

“Los comunistas tienden a formar familia aparte... Un moderado que los mira con desconfianza ha dicho que aun aquellos díscolos que ya alarmaron a la opinión en 1848, algo como un grupo irlandés sin Parnell. Lo que sólo se aplicaría al comunismo adventicio, no al auténtico, pues juzgar a este desde el punto de vista del nacionalismo es, a la vez, no entenderlo y condenarlo de antemano”.

Tanto se ha escrito acerca de Alfonso Reyes en su aspecto meramente ensayista, que he querido revelarlo aquí en este otro de sus grandes matices de escritor: el de cronista político que no rehuye, en momentos de crisis, su responsabilidad social.

¿Alfonso Reyes un desarraigado nacional e internacionalmente hablando?

No. Puedo yo estar en desacuerdo con algunos de sus juicios como puede estarlo, igualmente, cualquier mortal. Pero esto no me autoriza, como no autoriza a nadie, a condenarlo por lo que nos separa cuando existen tantas cosas que con él nos unen. Unas de ellas se hallan contenidas en sus "testimonios" que constituyen, hoy en día, amables y amenas, a la vez, crónicas políticas contemporáneas.

José MANCISIDOR.

Novedades,

México, enero 18 de 1953.

ALFONSO REYES

ACABA de editarse la *Obra poética* de este mexicano en quien el mundo español ve, hace años una de las tres o cuatro voces de más autoridad en América. Lo de autoridad parece aludir, sobre todo, a las realizaciones humanísticas de Reyes, pero hoy no me fijo en ellas sino en sus versos.

El autor ha seleccionado y ordenado sus poemas del modo en que lo expone en el prólogo. Esta nota mía no basta, ni con mucho, para referirme al contenido general del libro de cuatrocientas páginas. En realidad lo que apunto me lo sugirió la lectura que hice, de un tirón, hasta la página 105, con lo cual queda dicho que no me atengo, quizá, al contenido más importante de la colección, al fijar mis impresiones.

Una de las primeras, en mi lectura, ha sido la de la densidad del idioma. Se entiende que hablo de densidad formal. ¿Clásicos? Si, pues en cada página se denuncian. Y nota uno que se disputan la preeminencia al influir en un espíritu, que fiel al genio de la lengua en sus más finos representantes, nos deja percibir su propio acento, su voz lírica en cuyas inflexiones ya reconocemos a un maestro del siglo de oro, ya se nos manifiesta una nota de modernidad.

El Romancero está ahí, guardando la puerta, como celoso de que otras corrientes le invadan el predio donde entró a señorear. Y Lope, todo frescura y vena vital. Y Quevedo, de ingenio no aprendido. Y Fray Luis, el de las odas, con sus mansos modos. De Darío he creído hallar dos reminiscencias: una del "Responso a Verlaine"; otra del "Coloquio de los centauros". Tendría que ir a detalles en todo esto y señalar otras corrientes, bien discernibles. Ninguna arrastra la de Alfonso Reyes, cuyo lirismo, una de los más peculiares de América, corre sin estruendo, con leve rumor perenne, por entre la temática multiforme.

Elegancia y agudeza, donaire y primores lo explican mejor que ternura y pasión, y luce tan airoso en el cuadrado recogido que casi lo prefiere uno a los vastos lienzos. Lo grave no le falta, si bien en veces acude el hilillo de humor y se le entra por las más serias vetas. Quedo en deuda con el lector, porque no ilustro estas impresiones con referencias a los poemas donde el goce estético se vio sorprendido por la reflexión crítica.

¿Y Grecia? La encontré alada y vivaz en algunos cantos. Temprano en su vida se enamoró el poeta de aquel episodio —el primero— de la cultura de Occidente. Después, ya con rigor y mé- bién el de Reyes no es, más bien, un antropocentrismo mutilado, todo de helenista, ha transitado los caminos mayores de aquel clasicismo. En el verso, su saber de lo griego se le trasmuta en vívidas evocaciones. Por cierto que en los poemitas por donde pasa el aire helénico, Reyes retiene el fuerte brote vital, la palpación dionisiaca, yo no sé si más que las líneas medidas de Apolo. Por manera que se percibe una dualidad en sus temas griegos: la finura del arte y el pujante ritmo que le sintieron a la vida aquellos arios situados entre las vías del Oriente y las de una Europa que con ellos comenzaba.

Pero no es este libro de esos que con un par de observaciones queda visto. Es obra densa, en lo formal y en lo poético. Por mucho que intente precisar, no paso aquí de notas sueltas. Una de ellas es la concentración de que hace gala. Reyes cuando quiere, y quiere a menudo. Un solo ejemplo: cuatro versos, no más, y ya reluce Toledo, en miniatura firme. ¿Y la décima, como ofrenda a V. Espinel? Nótese que se trata de los asuntos que quiso tocar así, con momentánea luz.

Hay estrofas, y no escasas, que recuerdan a Góngora, sin la complicación del lírico de las *Soledades*. En esto como en cualquier influencia advertida, creo que la crítica discernirá bien el grado en que una cultura varia y sedimentada penetra la obra de Reyes. Y no se quedará ahí, sino que determinará la personal di-

mensión del poeta, pues, con ser tanta la resonancia en él de sus lecturas, todavía se mueve con desembarazo y nadie confunde su voz con la de otros.

De modernismo poco habría que decir. Cronológicamente, por allá empieza el adolescente a escribir, pero el arte, de indudable fisonomía, que hacia 1916, a la muerte de Darío, y antes, ya agotaba su mensaje, no lo retiene. Ni siquiera lo caracteriza en los poemas de la mocedad. Digo mocedad, cuando lo cierto es que Reyes escribía de niño ya. Tiene un señorío de estilo poético, a virtud del cual no podemos clasificarlo. Pero ¿que es eso? Clasificar, situar, caracterizar... No digo que esté mal siempre el hacerlo. Lo que noto es cierto sabor a Lógica en esos procedimientos. La poesía genuina, sin desvincularse de su raíz histórica, muestra una luz que es nueva, como la del sol, cada mañana. La poesía emerge, sube de lo hondo, viene de lo impenetrable, y es ola y murmullo, ansia, atisbo... Por momentos parece presencia divina. No la explica nadie, porque radica en las fuentes mismas del ser. ¿Quién puede determinar "las razones" de poemas como *La Catedral* y el que dedica a Güiraldes, Alfonso Reyes? Eso sin detenerme a buscar otros.

De fijo que la fiesta lírica de este libro será contada en mejor forma por la crítica. Me ciño ahora a reflejar las reacciones que una lectura incompleta me produjo. No doy cuenta cabal del libro, en su estructura, ni trato como requiere de eso que llamo "densidad", a un tiempo formal y poética.

Medardo VITIER.

Diario de la Marina, la Habana,

18 de enero de 1953.